últimas alabanzas a la mejor formación cultural de los jesuitas franceses. En todo caso, comparando los juicios de Barral y Pániker con los demás sorprende hasta qué punto una misma realidad puede ser interpretada de manera tan diversa. La explicación de esas diferencias es, según el autor, «cuestión filosófica y conceptual de alto bordo que ni siquiera tangentearemos pese a su innegable interés para nuestro tema» (p. 126). Es una pista más entre las muchas que este incitante libro nos invita a roturar.

M. Revuelta González

TUSELL, J.; AVILÉS, J.; PARDO, R. (Eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. 574 pp. (24 x 17)

Esta obra representa una aproximación de conjunto a la política exterior de España durante el siglo XX, llevada a cabo por historiadores especialistas en cada uno de sus campos de expresión y análisis. Aparece dividido en cuatro grandes bloques temáticos, incidentes sobre el reinado de Alfonso XIII, la Segunda República y la Guerra Civil, la dictadura de Franco y desde la Transición a nuestros días. Tras largas décadas de repliegue interior, hoy por hoy España goza de gran preeminencia en los foros internacionales, lo que es motivo de loa hacia nuestros políticos y de centro de interés por parte de la historiografía coetánea.

Tusell señala tres ciclos en la política española de esta centuria. El 98 puede considerarse más como un comienzo que como un final. La acuñación del término regeneracionismo sirve para definir toda la política española del primer tercio de la centuria novecentista tal como lo ponen de manifiesto la voluntad de los gobernantes nacionales de adscribirse al sistema internacional a través de la integración indirecta en la «entente» franco-británica desde 1907, situación similar a la del siglo precedente con la Cuádruple Alianza; el despliegue de una política más vigorosa conducente a consolidar lo recibido y a ampliarlo territorialmente; la puesta en marcha de nuevos mecanismos de actuación con el fin de lograr una presencia más activa en lugares como Hispanoamérica, Portugal, Gibraltar o Tánger; o una cierta tendencia a subvertir el «statu quo» mediante el recurso a un cierto cambio de alianzas. En cualquier caso, se puede afirmar que existió un acuerdo fundamental entre las distintas fuerzas políticas en cuanto a la política exterior del periodo. Respecto a la Primera Guerra Mundial, España optó por el mantenimiento de la neutralidad, actitud que le valió ser la única nación neutral que tras el conflicto dispuso de un puesto semipermanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones, aunque su salida temporal durante la dictadura de Primo de Rivera fuera considerada como una torpeza por las potencias europeas. Este hecho, más la catástrofe de Annual (1921), la experta mano de la diplomacia británica y la estabilidad internacional de los años 20 acabaron por hacer volver al país al lugar que le correspondía en el escenario internacional.

A pesar de la firme voluntad regeneracionista y de un cierto giro en los contenidos de la neutralidad, la acción exterior de la Segunda República no supuso un cambio sustancial respecto al pasado, aunque ahora se mostrara una mayor francofilia, justificable por la no existencia de la conflictividad de otros momentos en torno a Marruecos. No obstante, se evidenció una cierta ingenuidad en la política iberoamericana y unos resultados más que dudosos en las relaciones con Portugal, ello a pesar de la aparición de un pensamiento internacionalista y liberal-democrático al final del periodo de entreguerras e «...incluso el paso de una concepción de neutralidad como impotencia a la neutralidad como ideología y como política para construir la paz» (Tusell). El estallido de la Guerra Civil, en un momento en que el sistema de relaciones internacionales se hallaba ya en una profunda crisis, hizo que de nuevo la política interior acabará moldeando las posturas exteriores (intervencionismo previo en Italia). El conflicto nacional benefició a las potencias fascistas, de modo especial a Alemania. Las cesiones ante la Unión Soviética y las promesas de algunos dirigentes republicanos de concesiones territoriales en Marruecos a las potencias aliadas explican el escaso margen de maniobra del gobierno, frente a la diplomacia de los sublevados que supieron sacar un mayor beneficio del Eje. En cualquier caso, y a pesar de constituirse en escenario de confrontación ideológica mundial, durante el periodo de la contienda civil no hubo protagonismo español en las relaciones internacionales, que acaban aquí su primer ciclo.

La etapa inicial del franquismo, coincidente con la Segunda Guerra Mundial, recuerda y condiciona en muchos aspectos la acción exterior. La estabilización internacional a partir de los años 50 tuvo una amplia apoyatura en la nueva situación mundial emergente de la bipolaridad de la guerra fría. A su amparo, el aislamiento inicial del régimen irá dando paso a un cierto aperturismo consecuencia de su paulatina aceptación por parte de Occidente (sin olvidar nunca su origen), coincidente con el principio de la década cuando la ONU abrió potencialmente el acceso de España a los organismos internacionales y continuado con la firma de Acuerdos con Estados Unidos y del Concordato con el Vaticano en 1953, corroborada por acciones tales como la expresión de cercanía hispanoportuguesa cultivada por Franco y Salazar, la diplomacia comercial ante determinadas naciones hispanoamericanas, o los nuevos horizontes en el mundo árabe, África y aun en los países del Este. Con todo, la diplomacia española cometió no pocos errores, especialmente reseñables en el caso de la descolonización, hecha tarde y mal, esencial para las relaciones con los países árabes y africanos. Así, en la independencia de Marruecos en 1956 España fue cogida a contrapié por la iniciativa francesa, lo que marcó los incidentes armados por el territorio de Ifni hasta su cesión en 1969, o la negativa a la cesión del Sahara. En Guinea trascurrieron varios años (1963 a 1968) desde que la Organización de Países Africanos (OUA) pidió la descolonización hasta que se le concedió la independencia. Desde 1962 se intensificaron las relaciones con los países árabes y con las nuevas naciones africanas. Las diferencias emergieron en el seno de la dictadura, y se pusieron de relieve en la proclividad de falangistas hacia los sistemas populistas y nacionalistas del Tercer Mundo en tanto la derecha clásica estuvo más cerca de Estados Unidos. La

denominación de tecnócrata es también aplicable a la fase final franquista. El realismo de Castiella (ministro de Asuntos Exteriores de 1957 a 1969) fue prolongado por López Bravo, aunque la fragilidad de fondo se evidenció en cuestiones tales como las reivindicaciones sobre Gibraltar, la integración en la CEE o las relaciones con Roma. En 1975, al margen de la desaparición física de Franco, la propia política exterior del régimen había llegado a su fin.

El tercer ciclo tardó en perfilarse incluso más que el precedente, alcanzando el añorado prestigio de la mano de la transición y consolidación democráticas, proceso del todo endógeno a pesar del interés del mundo occidental. Se puede señalar una primera etapa de normalización y homologación internacional de 1975 a 1981, una posterior de definición de las líneas esenciales hasta 1986, para alcanzar su determinación en los años sucesivos. Este último tercio de siglo ha asistido también al establecimiento de una nueva ordenación de las relaciones internacionales con la aparición del fenómeno de la «globalización», con Estados Unidos como único gendarme planetario. En este contexto, la posición exterior de España ha ido consolidándose paulatinamente a raíz de su integración en organismos supranacionales. La incorporación a la OTAN y la UE se muestran como pilares de esta regeneración, en la que también se inscriben la puesta en marcha de la Comunidad Iberoamericana de Naciones o el restablecimiento de relaciones comerciales con Israel. Desde finales de la década de los 80 el consenso entre los grandes partidos señala tan solo diferencias de matiz en el trazado de la acción exterior del país. No obstante, cabe cuestionar actuaciones como el caso del Sahara donde primó más el interés nacional que la resolución del problema, aún vigente para sus protagonistas y que, por otra parte, tampoco satisfizo a Marruecos y Argelia. Este último ciclo, como bien dice Tusell, también señala el comienzo de una cuestión de gran trascendencia internacional: la inmigración.

Con todo, no queda más que remitir a la lectura de un libro que resulta imprescindible para conocer en su totalidad la historia de España en el siglo XX. El rigor y una cuidada documentación caracterizan a sus capítulos, dedicados a referir cada una de las cuestiones sobre las que se vertebró su devenir: Alianzas y compromisos coloniales tras el 98 (A. Niño), Primera y Segunda guerras mundiales (M. Espadas Burgos y R. García Sánchez, respec.), impacto de la Revolución Rusa 1917-1922 (J. Avilés), relaciones hispano-portuguesas (H. De la Torre), política mediterránea en años 20 (S. Sueiro), descolonización africana y relaciones con el Magreb (J.B. Vilar y A. Marquina, respec.), la acción internacional durante la Segunda República y la Guerra Civil (A. Egido, G. García Queipo de Llano, R. Miralles, J.L. Neila), política exterior franquista (P. Martínez Lillo, R. Pardo), relaciones con el Vaticano (J.M^a Laboa), desde la Transición (Ch. Powell, R. Bassols, F. Portero) y América Latina en el último tercio de siglo (Chr. Freres, A. Sanz Trillo).

Juana Martínez Mercader